

Remedios búlgaros para la psicopatía

Alexander Drexler

Remedios búlgaros para la psicopatía

Alexander Drexler

Ilustraciones

Alicia Arenas, Virginia López,
Emma de Lucas y Lucía Yubero

Diseño y maquetación

Almudena Alfaro

Ilustraciones

Alicia Arenas, Virgina López,
Emma de Lucas y Lucía Yubero



Edición del autor, Madrid, junio 2021

Con la colaboración de:



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
CC BY-NC-ND

A Dina y a mi familia,
por su apoyo y manutención

“El metro bostezaba allí cerca, absorbiendo con sus negras fauces a grupos de imprudentes. A intervalos se producía el movimiento inverso y, penosamente, vomitaba un hato de individuos pálidos y apocados llevando en sus ropas el olor de las entrañas del monstruo, que hieden vigorosamente”.

Boris Vian
El otoño en Pekín

Índice

Prólogo	9
<i>Por Enrique VIII de Inglaterra</i>	
Efímera cópula entre un...	13
<i>Ilustración: Lucía Yubero</i>	
Gulag	17
<i>Ilustración: Lucía Yubero</i>	
El mágico hijo de Juan...	21
<i>Ilustración: Lucía Yubero</i>	
Mi padre, Grumo, no un grumo	25
<i>Ilustración: Virginia López</i>	
Los tres pelos canos del afgano	31
<i>Ilustración: Emma de Lucas</i>	
Todos los indígenas tienen...	39
<i>Ilustración: Alicia Arenas</i>	
Richie, o la irreverencia...	45
<i>Ilustración: Emma de Lucas</i>	
Yoyo y yo	51
<i>Ilustración: Virginia López</i>	
Remedios búlgaros para la psicopatía	53
<i>Ilustración: Lucía Yubero</i>	

Prólogo

Cuando Mr. Drexler se presentó en mi residencia de Hampton Court, hará tres meses, solicitando mi ayuda para la redacción de este prólogo, me quedé estupefacto.

Lo primero que pensé fue: ¿quién se cree que es este mequetrefe para publicar un libro, cuando no pertenece a la nobleza o al clero? Debería mandarlo decapitar de inmediato.

Pero cinco siglos de existencia ultraterrena, sumados a la bondad que siempre me ha caracterizado (salvo, quizá, la dispensada a mis seis esposas), me ayudaron a calmarme y a reflexionar.

Así, pues, decidí leerme el libro y, mientras tanto, mantener a su autor encerrado en una celda.

Cuál no fue mi sorpresa al descubrir, una vez finalizada la lectura, que mi mandíbula se hallaba desencajada y mis mejillas horadadas por unos profundos surcos fruto de las lágrimas.

Las historias contenidas en *Remedios búlgaros para la psicopatía* me habían impactado, y las vivencias de los personajes que las protagonizaban me recordaron tanto a mis propias experiencias, hace tiempo sepultadas en el olvido, que no pude por menos de emocionarme. Los pobres Popó y su primo Yupanqui, habitantes de la selva a-masónica; el pueblerino Grumo y su dura vida medieval; la esclava esclava Esclava y su hijito negro; los abnegados estudiantes Richie y Topónimo, ciudadanos de pleno derecho de una sociedad abusadora... Al instante los sentí como amigos de la infancia, como cofrades hermanos, y un deseo irrefrenable de querer estar más cerca de ellos me invadió por completo.

Es por eso que resolví liberar a Mr. Drexler de su cautiverio y, estrechándolo calurosamente entre mis brazos, le prometí escribir este simple pero auténtico exordio.

Enrique VIII de Inglaterra



Efímera cópula entre un transatlántico y un iceberg

Un pipiolo de muy buen ver, ufano y humilde a un mismo tiempo, pero en cualquier caso más pobre que una rata desahuciada, ganó, jugando al cinquillo, para sí y para su insignificante amigo (del que poco oiremos hablar en adelante), un par de pasajes que les permitirían embarcar en el más grande crucero hasta la fecha construido.

Del nombre del barco en cuestión no se acuerda ya nadie, pero sí de las numerosas actividades que en él podían realizarse: aquagym, body-fitness, squash, pelota vasca, masajes a dos, tres y cuatro manos, y un sinfín de otras muchas vainas de índole erótico-festiva.

Lo primero que hizo el *hermoso* Romeo al subir, y esto es algo que deberíamos hacer todos, y que de hecho hacemos, fue dirigirse al bufet libre para atiborrarse cual inglés en la Costa Brava. Allí, con una loncha de tocino entre los dientes, estaba ella, la *apuesta* Julieta, que lo miraba con una mezcla de picardía y estrabismo la mar de seductora (y este efecto se veía incrementado por el hecho de hallarse ambos en la mar).

Quizá lo más irrelevante sea que sus verdaderos nombres no eran esos, sino unos mucho más feos y hollywoodienses, pero en lo que sí habríamos de centrarnos es en el dulce y fugaz romance que entre ellos se originó.

Julieta pertenecía a una familia distinguida, mientras que la de Romeo era algo borrosa y difícil de visualizar. Ella poseía orígenes de rancio abolengo, y los de él eran aún comestibles. Mas nada de esto impidió que se lo montaran como salvajes dentro de un coche que no les pertenecía, pero que habían alquilado por espacio de media hora. Tras el polvazo se enamoraron por completo, como es lógico.

Julieta tenía, y esto es relativamente importante, un prometido al que detestaba, no porque fuera rico, guapo o educado, sino porque se empeñaba en ponerse rímel. Romeo, por su parte, no tenía más que a ese amigo que a nadie debe importar (de verdad, no desperdiciéis un segundo con este tipejo). Los dos se amaban como nunca antes se ha amado o se amará ninguna otra pareja, y esto es lo único importante.

En fin, que la cosa marchaba como la seda, pero como todo lo que es bello, grácil y delicado, se extinguió de forma abrupta y cruel...

El monstruoso barco acarició, en broma, a un pequeño y juguetón iceberg, y éste, que ese día no estaba de humor, le rajó al otro la panza. Todos estaremos de acuerdo en que se excedió un poco; sin embargo, ¿quién no ha tenido un mal día?

El agua comenzó a penetrar vertiginosamente por la abertura, y los pasajeros entraron en pánico. Los

hubo que gritaron, corrieron y empujaron para salvar la vida, y los hubo que asumieron su destino con entereza.

Antes de que el barco se hundiera, unos cuantos afortunados lograron montar en los botes salvavidas y escapar: las mujeres y los niños más adinerados, y el tío del rímel.

El resto de las personas murieron, o bien ahogadas, o bien espachurradas; y este es el caso del tipejo sin nombre, que se obcecó en huir en línea recta de una de las chimeneas del barco que se le venía encima, a una velocidad aproximada de 5 cm/h.

Entretanto, Romeo y Julieta se habían agenciado una firme y espaciosa tabla de madera, despojo inevitable del proceso de hundimiento (no se podría decir a qué parte del barco pertenecía, aunque sin duda les vino que ni pintada).

Julieta, inteligentemente, se colocó sobre la tabla. Romeo, sin embargo, y esto es algo que lleva atormentando a las mentes más brillantes de nuestro planeta durante años, prefirió apoyar sólo sus brazos y cabeza sobre la tabla, mientras dejaba el resto del cuerpo sumergido en el agua helada. Por supuesto, murió.

Existen teorías que afirman que este extraño comportamiento pudo estar motivado por la presión social y un feminismo mal entendido. Otras, a las que se puede atribuir mayor fundamento, simplemente postulan que Romeo pudo ser ligeramente lerdo.



Gulag

A Pablo Nacach

Por fin fuera de gulag. Veinte años pasar encerrado ahí. Ahora no reconocer nada. La gente muy rara, las cosas muy raras. Algunos recomendar a mí ver películas. Así ayudar a comprender. ¡Qué remedio, yo ver!

Yo empezar con película muy famosa, todo el mundo decir la mejor de ciencia-ficción (yo no saber qué ser eso, pero probar). Mí sentar en butaca de cine y disfrutar.

Principio de película no entender... Salir dos máquinas hablando como si ser amigos. Haber disparos rojos y ellos huir. A chica con pelo de bollo apresar tipos que parecer máquinas pero no ser, ser humanos. Después aparecer jefe de ellos, que a mí gustar bastante, aunque tener asma.

Luego historia trasladar a desierto, donde vivir protagonista. Allí seguro hacer mucho calor. También estar ahí los amigos-máquina. No sé cómo ellos llegar. También haber viejo siniestro con capucha. Al final, todos ser compañeros. A mí parecer relación muy extraña.

Todos juntos ir a bar y conocer un hombre y un perro-hombre. Perro-hombre no hablar, sólo gritar. Mí reír mucho, mucho. ¡Ja, ja! También hacer gracia orquesta del bar, que ser monstruitos tocando trompeta. Película empezar a gustar.

Después de eso, todos compañeros y huir de soldados blancos en coche volador. Perro-hombre conducir y enfadar, ¡ja, ja!

Viejo enseñar a protagonista técnicas secretas que mí no entender. Ellos decidir rescatar princesa, que resultar ser chica con pelo de bollo. Ella estar prisionera de tipo con asma. ¡Piezas empezar a encajar! Yo muy feliz.

Dirigir todos a base de enemigos en espacio, que ser redonda y muy grande. Ellos conseguir rescatar princesa, pero viejo morir en batalla de espadas de luz contra jefe de enemigos (yo creer que él morir, aunque sólo esfumar y dejar túnica en suelo). Demás escapar por pelos y refugiarse en base secreta rebelde. Allí decidir atacar base enemiga con todas fuerzas.

Todos rebeldes ir hasta allá con coches voladores y muchos morir, pero protagonista conseguir acertar disparo en pequeño hueco y base de enemigos explotar. Ellos todos victoriosos volver a base secreta, y yo pensar que jefe de enemigos seguir vivo. Eso creer. Película terminar ahí.

Yo no saber por qué existir pequeño hueco. Simplemente no comprender. Unión Soviética nunca cometer error así. Eso mucho cabrear a mí, pero en definitiva película gustar. Querer ver más ciencia-ficción.



El mágico hijo de Juan (Magic Johnson)

Una esclava esclava lavaba y lavaba su ropa en medio de la lava. Cuando se le carbonizó un pie, decidió abandonar su tarea. Ya volvería mañana. Comenzó a caminar como si poseyera un solo pie y, efectivamente, así era. Pero no le importaba lo más mínimo, pues ahora por fin iba a la moda. Como la herida había quedado cauterizada y en cautiverio, no necesitó vendarse, y procedió a decorar el muñón con cintas de colores y sabores.

De esta guisa se presentó en el hospital, cuando su reloj caucásico marcaba casi las ocho menos cuatro igual a cuatro. Las plantas y los cuadros la saludaron con amabilidad, al contrario que los médicos y enfermeros, que fueron bastante ariscos. Seguramente les escocía la uretra; es perdonable. Lo que no es perdonable es asesinar, bajo ningún concepto, excepto que seas ortodoxo.

La esclava, que se llamaba Esclava, montó en el ascensor, que se llamaba Rupert. Se bajó en la quinta planta y meó sobre una planta; pero digámoslo de manera más fina: se apeó en el quinto piso y orinó sobre el piso.

Alcanzó la puerta del despacho de su médico de cabecera de cama, que solía arrojarla cada noche, y entró.

Al verla, el médico se tiró por la ventana, pero volvió enseguida. Conversaron acerca de esto y aquello, siendo esto nada y aquello menos. Fue una conversación tan recalcitrante que el doctor volvió a lanzarse a través de la ventana, pero esta vez en broma. Tras volver, le recetó a Esclava unas píldoras anticonceptivas para el pie y se durmió. A modo de despedida, ella le partió la cabeza en dos y le deseó una feliz siesta.

Abandonó el hospital a la carrera, ya que había colocado una bomba detrás de un paciente antes de salir. El paciente en cuestión voló por los aires, mientras que la bomba se quedó en su sitio, pues allí se encontraba muy a gusto.

Esclava regresó finalmente a su casa, donde bebió un vaso de leche e ingirió una de esas píldoras denominadas “del día después”. Esperó hasta el día después y comprobó emocionada que la píldora había surtido efecto: el pie se le había regenerado; pero a cambio le salió un bebé por la vagina (¡ha dicho vagina!). El proceso resultó suave, fluido y orgásmico; tanto, que quiso repetirlo. Introdujo de nuevo al bebé en su interior y lo volvió a expulsar. Quedó extasiada y en coma.

Despertó a los diez minutos, se levantó de la cama y se percató de que estaba aplastando con los pies algo que le colgaba del bajo vientre mientras caminaba. ¡Era su hijo! Éste era de raza negra, y en vez de cordón umbilical tenía pene. Y donde debería haber tenido el pene, tenía otro pene. Años más tarde donaría uno de

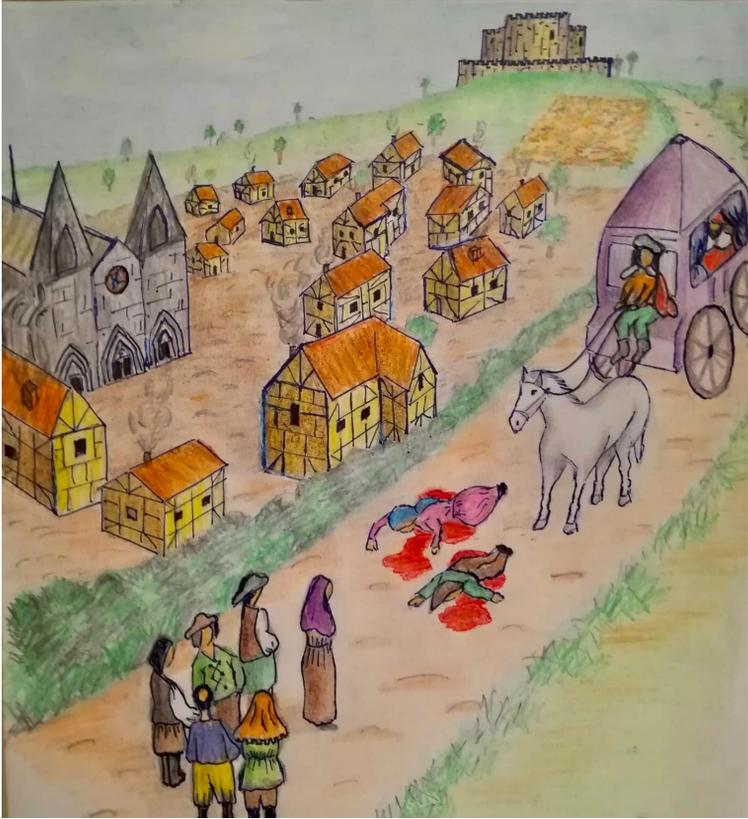
ellos a la parroquia de su barrio, pero eso es ya otra historia.

A Esclava le pareció apropiado llamar a su hijo Esclavo. Estuvo largo tiempo meditando acerca de ello, y como no se le ocurriera ningún otro nombre, se decantó por el ya antes mencionado.

Al contrario de lo que el lector haya podido suponer, el nombre Esclavo no le conllevó al niño negro ningún tipo de discriminación; aunque el hecho de poseer dos penes, sí; por eso acabó donando uno de ellos a la iglesia de Santa Catalina la Hambrienta.

Entretanto, Esclava había conseguido un empleo en la Universidad Pretoriana, donde ejercía de ornitóloga forense. Y a pesar de lo que puedan decir las malas, pero no tan raras lenguas, se trataba de un trabajo de lo más agotador y plumoso. En aquel mismo instante se encontraba desplumando a una paloma muerta. Se guardó el efectivo en el bolsillo de la bata y devolvió la cartera a su dueña. Seguidamente, comenzó a desplumarla sin miramientos. Una vez recopiladas todas las plumas, descartó todas menos tres. Las lanzó prodigiosamente contra una diana y logró 42 puntos, lo que significaba que su jornada laboral había concluido. Recogió su chubasquero y su mondadientes y salió precipitadamente. Tenía prisa por llegar a la acera, y cuando llegó, se relajó. Caminó con brío siguiendo la senda junto al río. Al llegar a casa, agarró a su hijo por el asa, lo untó de grasa y se lo comió a la brasa.

Más tarde, lo vomitó y se fueron juntos al cine.



Mi padre, Grumo, no un grumo

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Grumo. No pude encontrarlo, pero sí me topé con un gran número de vecinos bienintencionados, que accedieron gustosos y golosos a desvelarme los más sucios sucesos de su vida. Al parecer fue un palurdo integral, cosa que me alivia, porque podría haber sido un simple palurdo...

Recibió su peculiar nombre en honor al concupiscente antojo que experimentó su madre durante el embarazo –y que aún hoy no ha remitido–. La manera en la que fue concebido es digna de mención: se encontraba su madre, Filomena, felándole el cipote a un lindo y peludo marinero cuando éste, alcanzado ya el punto de ebullición, descargó todo su cuajado grumo en la laringe de la asfixiada mujer; los espermatozoides, pertrechados con todo lo necesario para la práctica de la espeleología, alcanzaron, no sin ciertas dificultades, el óvulo que –pensaron ellos– presentaba el mejor aspecto; a la postre se comprobó que estos valientes aventureros no habían podido estar más equivocados.

En su más tierna infancia, Grumo empezó a mostrar una muy precoz y excelsa estupidez, pero cuando creció y sus guindas hubieron madurado, su estupidez era ya de grado superlativo. Tenía por costumbre pavonearse al estilo pavo cada vez que su madre lo enviaba a comprar guisantes a la calle de la Vaina Verde, y como viera que esto no lograba atraer la atención de las féminas, cambió su estilo demodé por uno más actual, el de faisán. Gustaba de comer pistachos verdes, porque a los otros se le tenía prohibido el acceso. También solía intentar cazar conejos, pero cuando ya casi los había conseguido atrapar, éstos le mordían el pito y salían por patas.

Era Grumo, en definitiva, un chaval que, mejor o peor, exprimía toda la pulpa a la vida. Trabajaba en una fábrica de naranjas, luego es este un punto del todo incuestionable. Recaló en su puesto de manipulador de cítricos a raíz de la buena impresión que causó al Sr. Orange, que un buen día presenció una disertación de tintes fantásticos sobre cómo sodomizar a una naranja sin dejarle marcas. Esto ocurrió en la escuela cierto Viernes Santo durante la Cuaresma de Acuarela, y desde ese momento le quedó a Grumo vetada cualquier posibilidad de continuar los estudios.

Dicho episodio no traumatizó excesivamente a Grumo, que a lo largo de su vida se había visto expulsado de innumerables sitios, recibiendo además un pésimo trato –como aquella vez que lo desahuciaron del útero materno a base de garrotazos–. Grumo continuó con su trabajo en la fábrica durante casi un año, tiempo después del cual lo abandonó, habiendo logrado aho-

rrar la suficiente cantidad de dinero como para iniciar cómodamente su nueva andadura vital: comenzaba su etapa de vagabundo.

El primer cometido que exigía su nueva profesión era el de preparar un hatillo, y así lo hizo; después de recorrer cinco millas con un palo y un pañuelo anudado al mismo, regresó a casa para rellenar dicho pañuelo con algo de intendencia. Una vez le dio un uso útil al hatillo, emprendió la huida definitiva de su hogar natal, al que no volvería hasta pasados muchos años, durante la Escaramuza de los Tubérculos.

Su primera parada se produjo en Onionville, aldea de renombre, famosa por el cultivo de cebollas y la doma de palomas. Allí, se fue derecho a la primera taberna-lupanar que vio –había cinco en Onionville, una por cada quince personas, tres prostitutas para cada aldeano– y, tras beberse una buena jarra de polimiel, contrató los servicios de una muchacha un tanto varonil –tenía pene–, que sin preámbulo alguno lo exprimió como él mismo lo habría hecho con una naranja. «La tía tiene técnica, pero le falta práctica», pensó Grumo mientras se subía los pantalones y salía de aquel antro.

Afuera se había organizado un buen revuelo. Al parecer, el duque de Melindres iba a pasar por allí. La gente se engalanaba con sus mejores trapos de cocina y se limaba cuidadosamente los callos de los pies, pues era por todos bien conocida la escrupulosidad del aristócrata.

– ¿Cree usted que voy presentable, buen hombre? –le preguntó Grumo a un viejecillo con pinta de ser amistoso.

– No te preocupes, muchacho, que yo te acicalo –contestó el viejo y, ayudándose de ambas manos, le metió la camisa por dentro del pantalón y le sacó la chorra por fuera–. Ahora pareces un lord, muchacho.

Orgullosa, Grumo se situó a un lado de la calle y esperó, junto a los demás, la inminente llegada del aclamado duque. Ésta no se hizo esperar, y de pronto un enorme y lujoso carruaje irrumpió en la calle principal de la aldea a toda velocidad, llevándose por delante a dos pobres niños que pastaban tranquilamente.

El alcalde se adelantó unos pasos, echó tierra sobre los dos recientes cadáveres y saludó al duque con excesiva afectación.

– Es un verdadero honor contar una vez más con su presencia, Su Excelencia.

El duque le dirigió una mirada inquisitiva.

– Me ha parecido notar que chocábamos contra algo. ¿Tiene usted idea de qué ha podido ser?

– Ha atropellado usted a una pareja de rufianes, de modo que le estamos francamente agradecidos –dijo el alcalde.

La madre de los chiquillos rompió a llorar desconsoladamente.

– ¿Y qué es lo que le sucede a esa desdichada mujer? –preguntó el duque.

– Acabará de cortar una cebolla... Como usted bien sabe, aquí sólo nos dedicamos a eso y a la doma de palomas.

Grumo, sin poder resistirse por más tiempo, se acercó a los dos ilustres individuos y le contó al duque lo que realmente había sucedido. Éste se disgustó mucho,

vomitó la merienda y juró que nunca más aparecería por allí. Dicho aquello, desapareció.

Grumo se vio obligado a huir para salvar la vida. A lo largo de diez millas –que incluían caminos, prados, bosques y hasta un río– fue perseguido por los furiosos aldeanos, encabezados por el alcalde, a cuyo lado avanzaba también la madre de los niños muertos.

Y todo esto lo saben los vecinos de Comala porque, en mayor o menor grado, nacieron omniscientes.

Los tres pelos canos del afgano

Érased una vez una pobre mujer que dio a luz a una niñita; y como ésta vino al mundo envuelta en la piel de la buena suerte, se le predijo que al cumplir los treinta y un años tomaría por esposo al hijo del rey. He aquí que éste, sabedor de la profecía, se presentó en la casa de los Ortiz lo más rápido posible y, mediante aviesos métodos, logró convencer a los progenitores de que lo más sensato y conveniente era dejarle llevarse a la criatura. Les dijo:

– Bajo mis cuidados, a su hijita no le faltará nada en absoluto; además, serán generosamente recompensados.

Aquellas pobres gentes no pudieron negarse, no sólo por la gran suma de dinero que se les ofrecía, sino también porque era el mismísimo rey de España el que ante ellos se encontraba. Así, pues, consintieron y el rey partió con el bebé en brazos.

Cuando se hubo alejado unas cuantas calles, el rey mandó parar al conductor, y salió del vehículo con precaución, mirando a derecha e izquierda por si había allí algún posible testigo. Al ver que nadie había, se aproximó a un río cercano y depositó al bebé, metido en una caja, sobre la corriente crecida. «Confío que de esta forma el problema quede solucionado», pensó, y se fue de allí con renovada alegría.

Afortunadamente, una vecina que merodeaba por las inmediaciones del río descubrió a la pobre criatura, la rescató y, tras arduas averiguaciones, la devolvió a sus padres.

Los padres de la niña no cabían en sí de gozo, pues habían recuperado a su hijita y encima contaban con un dinero inesperado, el cual decidieron reservar para costear la universidad de la pequeña en el futuro. A su vez, le dieron un nombre, porque aún no lo tenía. La llamaron Letizia.

Letizia creció feliz y sana, abrigada por el amor de sus padres y de sus amiguitos de la escuela, y sin llegar nunca a conocer el terrible incidente que ocurriera en su más tierna infancia. Sus padres, sabiamente, habían decidido ocultarlo.

De esta manera, Letizia prosiguió sus estudios hasta ingresar en una buena universidad, que fue pagada con unos “ahorros secretos” que el padre decía tener. En ningún momento pensó Letizia en nada malo o deshonroso, ya que tenía plena confianza en sus padres.

Se licenció en Periodismo, y como había nacido con buena estrella, consiguió un empleo como presentadora en los noticiarios de TVE.

El rey, al verla por la tele, la reconoció al instante, e intentó cancelar la visita a los estudios que tenía su hijo Felipe programada, pero llegó demasiado tarde. El príncipe Felipe y Letizia se conocieron, se gustaron y se casaron. La profecía se había cumplido.

El rey estaba en extremo furioso, pero pensó que, al estar ya cumplida la profecía, nada le impediría ahora deshacerse de su nuera. Este pensamiento le alegró enormemente, y se dispuso a urdir un plan maligno. Cuando lo tuvo ideado, se dirigió a la princesa:

– Aunque ya eres princesa, eso no significa que vayas a ser feliz. ¡Yo me encargaré de que eso no ocurra! A no ser...

– A no ser, ¿qué? –preguntó Letizia emocionada, pues sabía perfectamente que el rey le podía hacer la vida imposible si se lo proponía.

– Habrías de cumplir una misión para mí.

– Lo que sea. Estoy dispuesta.

– Has de traerme tres pelos canos de la barba de Osama bin Laden.

– Te traeré esos pelos; no le tengo miedo –contestó ella.

Y acto seguido se despidió y emprendió la marcha.

«Dado que me espera un largo viaje hasta Afganistán, aprovecharé para visitar algunos lugares que siempre he querido conocer», pensó Letizia y, en lugar de tomar la ruta más corta (por el norte), recorrió África hasta casi su extremo meridional. En Botsuana, escuchó la historia de un temible elefante que atacaba a todo aquel que osase entrar en su territorio; de manera que nadie osaba hacerlo.

Cuando llegó a la cueva de bin Laden, se paró en la entrada y meditó: «Debería entrar con sigilo, o soy mujer muerta». La verdad es que estaba un poco asustada, pero su valentía se impuso y entró. Para su sorpresa, encontró a bin Laden solo, dormido en una silla, con unos choricillos chamuscándose sobre una barbacoa que tenía delante. Se acercó a él y, con mucho cuidado, le arrancó tres pelos canos de la barba. Como vio que no despertaba y que hacía ruiditos muy graciosos, se compadeció de él y retiró los chorizos de las brasas para colocarlos en un plato. «Cuando despierte, me lo agradecerá», pensó Letizia con ternura. Tras esto, se fue.

Llegó a España una semana después, y lo primero que hizo fue presentarse en el despacho del rey. Éste quedó conmocionado al verla y más aún cuando ella le mostró los tres pelos canos. «Es indudable que pertenecen a bin Laden; nadie más en el mundo tiene la barba tan larga», pensó el rey. Se quedó un poco desilusionado, pero se le pasó en cuanto la princesa le contó que había un territorio en Botsuana repleto de marfil, y que nadie hasta ahora le había echado el guante.

El rey hizo sus maletas presuroso y se encaminó a aquel lugar, donde desapareció para siempre.





Todos los indígenas tienen la misma piel

Había llegado el gran día, el día en que una nueva generación de muchachos y muchachas del pueblo de Mataulinche sería bautizada con gaseosa en el lago Cupadunga, situado en lo más recóndito de la selva a-masónica.

Popotepec abrió los ojos, se desperezó y saltó de la hamaca al suelo, que estaba a unos diez metros. Pisó mal y se rompió una uña del pie derecho. Gritó de dolor durante dos segundos, se calmó y saludó a su primo Yupanqui, que venía de hacer la compra.

– ¿A estas horas te levantas, melón? –dijo Yupanqui–. Date prisa, porque el “súper” se está quedando sin existencias.

– ¿Adónde crees que voy, cantalupo*? –contestó Popotepec–. Nos vemos luego en la ceremonia.

Corrió como alma que lleva el chamán y llegó justo a tiempo de coger uno de los últimos solomillos de jaguar que quedaban. Hecho esto, que era lo más urgente, bajó el ritmo de sus pulsaciones a números negativos y fue metiendo en el carrito el resto de productos que necesitaba: cebolla pochada, que no pochada, algunos higos chungos, que no chumbos, y una tarrina de huevo helado, que no hilado, además de helado.

Pagó en caja y regresó a su casa en los árboles. Metió las cosas en la nevera, pero como era una nevera mala, pequeña, la que le habían entregado con la casa, tuvo que sacar dos latas de Mahou para hacer sitio. La primera se la bebió de un trago, pues estaba sofocado, y con la segunda en la mano, se repanchingó sobre un puff, de suerte que se originó un gracioso ruidito: «puff». Comenzó a meditar.

Sólo faltaban seis horas para el Gran Cambio. Tanto Popotepec como sus amigos de la infancia pasarían de ser simples teenagers a robustos seniors. Al fin podrían hacer todas esas cosas que pertenecían al singular mundo de los adultos, como beber leche, follar sin esconderse o “descultivarse”.

Este último privilegio era el que más excitaba a Popó*, al punto de haberse visto obligado a cambiarse de calzoncillos en más de una ocasión. Era lo que la mayoría de jóvenes llevaba años esperando, era la razón por la que muchos habían decidido no suicidarse y aguantar un poco más. Y es que la adultez lo capacitaba a uno para olvidar todo lo aprendido, incluida la humildad, y dirigirse con desdén y arrogancia a todo aquel susceptible de ser mínimamente inteligente, culto o ingenioso. Además, se trataba de un derecho recogido con pala en la Constitución, así que a cualquier individuo que se le ocurriese violarlo, física o moralmente, se le sometería a juicio.

Popó ardía en deseos de hacer uso de ese derecho, tanto más cuando recordaba todo lo que había tenido que tragar en el pasado, moral y físicamente. Salió de sus ensoñaciones y miró en derredor. Estaba oscure-

ciendo; lo sabía porque la lechuza del vecino empezaba a abrir los ojos y porque el cielo estaba más oscuro. Sacó la comida de la nevera y encaminó sus pasos hacia el lago.

En las calles no había ni un alma, aunque sí personas. Saludó a unos y sonrió con hipocresía a otros. En el lago lo esperaba su grupo de amigos, todos nerviosos y con incontinencia. Estaba su primo Yupanqui, casi siempre alto y siempre sonriente. También se encontraba allí Pachacutec, primo segundo suyo, y al que todos llamaban Pocholo.

– ¿Dónde se han metido los demás? –les preguntó Popó al acercarse.

– Se están fumando un puro detrás de aquellos arbustos –le informó Pocholo, señalando con el dedo unos arbustos que eran inconfundibles a pesar de estar rodeados por un millar de arbustos exactamente iguales.

– ¿Un puro puro?

– Todo lo puro que puede ser un puro por estos lares.

Popó se relajó.

Al rato salieron de entre la maleza, medio arrastrándose, una chica morena de torneadas piernas y tornillos en la cabeza, una delicia andante, y un gordo seboso de crines aterciopeladas al que daban ganas de besar hasta desfallecer. Ella se llamaba Conchamarga, y había sido amante de Popó en parvulario; ahora solamente eran novios. El otro sujeto era un borracho impenitente, padre de Yupanqui, que les sacaba a los demás cinco años de edad. Se volvió infame cuando

decidió no convertirse en adulto, pero lo compensó publicando un single que acabó convirtiéndose en la canción del verano: *All you niggas in the Woods*. Se le conocía como Inca Tupac.

En ese momento hicieron sonar el cuerno que invitaba a los jóvenes a meterse en el lago y comenzar con la ceremonia. Los espectadores, chismosos y demás mamarrachos ocuparon las orillas hasta que se formó un cerco. El nerviosismo y la expectación eran palpables; y como este era un fenómeno inusual, la gente se dedicó a palparlos impunemente.

El grupo de amigos, junto a otros muchos muchachos irrelevantes para la historia, empezaron a avanzar por el agua. No llevaban ni dos pasos cuando Popó advirtió que Tupac no los acompañaba. Permanecía al borde del líquido elemento, con una expresión indescifrable en el rostro.

– ¿No vienes con nosotros, Inca? –le preguntó Popó.

– Lo siento, amigo. Nos volveremos a encontrar... algún día.

Tras decir esto, se dio la vuelta y se fue llorando. A Popó lo invadió algo parecido a la angustia, pero la estornudó y reanudó la marcha. En el centro del lago, sobre una plataforma, los esperaba el jefe de la tribu. Era un hombre viejo y severo, con patas de gallo y piel de naranja, ambos rasgos heredados de sus progenitores, que fueron un gallo y una naranja. Los miró sin compasión; sus ojos eran gélidos, aunque en su boca se dibujaba una mueca de deleite. A Popó le recordó a la cara que ponían sus profesores cuando se disponían a violarlo. No le gustó. Al parecer, sus amigos habían

percibido lo mismo. Pero ya no tenían escapatoria, no podían huir. El viejo, dirigiéndose al público, comenzó a hablar:

– Queridos hermanos, queridas hermanas, estamos hoy aquí reunidos para arrebatarnos a estos pobres infelices la pesada carga de la juventud de espíritu. A partir de este momento, no tendrán que pensar libremente nunca más. A partir de ahora, ya no tendrán que sentir cariño o afecto por sus congéneres; sólo habrán de fingirlo. ¡Ya no tendrán que preocuparse por la dichosa moral! –Las gentes tenían los ojos desorbitados y se relamían las encías–. Esta noche, pasarán a formar parte del rebaño.

*Cantalupo: También llamado spanspek, es una variedad de la especie *Cucumis melo* dentro de la familia Cucurbitaceae. Es un puto melón anaranjado.

*Popó: Diminutivo de Popotepec. También puede referirse a caca, hez y/o zurullo.



Richie, o la irreverencia pseudocontemporánea

Richie despertó, como todas las mañanas, con un pepino metido en la boca. Se trataba de una broma que le gastaba su madre desde aquel inolvidable día en el que cocinaron pollo y se lo comieron. La madre, que se llamaba Amapola, gritaba desde el piso inferior:

– ¡Levántate ya, gandul! Vas a llegar tarde a clase. Calientate unos microbios en el microondas. Yo me las piro.

Se oyó un fuerte portazo, y unas pisadas retumbaron sobre el camino de césped que conducía a la cancela.

Richie se incorporó. Sentía su trasero hartamente debilitado, por lo que decidió que ese día le daría un respiro; el pobre llevaba ya dos semanas sin recibir luz solar. Se desajustó las bisagras que tenía a ambos lados de la cara, bajo las orejas, y retiró esa horrorosa faz que poseía para, en su lugar, colocar su delgado pero lustroso culo. Encajaba a la perfección. Se miró en el espejo e hizo muecas seductoras con el ano. Era siempre en estos momentos cuando más sexy y arrebatador se sentía. El mismísimo Papa le hubiera dado el visto bueno. Con este reconfortante pensamiento se vistió, desayunó y salió de casa rumbo a la escuela.

Hacia la mitad del trayecto se topó con su buen amigo Topónimo, hábil encuadernador y gran perverso. Lo pilló sodomizando el hogar de una ardilla, consistente en un oscuro agujero situado en la base del tronco de un abedul. Su cara se encontraba perlada de sudor y lucía un brillante tono carmesí. Parecía disfrutar. Al ver a Richie, eyaculó elegantemente y, tras sacudirse el miembro entre dos y cinco veces, se situó al lado de su amigo y le habló en tono confidencial:

– Anoche me tiré a la piscina.

– Maldita sea, eres un puto degenerado.

A Richie le molestaba tener que hablar sobre cosas que él mismo no había probado, así que se mantuvo callado durante el resto del camino. Se limitaba a asentir cada vez que Topónimo dejaba de mover los labios o azotaba a alguna anciana despistada.

A primera hora tenían clase de Publicidad Postsurrealista, sin duda alguna la asignatura que más esfuerzo cerebral y pélvico requería. Por suerte, aquella mañana el profesor se sentía tremendamente indispuerto y sobrio, y decidió dejar a sus alumnos viendo anuncios televisivos mientras él se recuperaba bebiendo y follando en el lupanar que había justo frente a la escuela.

En la pantalla aparecían un padre y una hija conversando:

No quiero comer más verdura, papi, decía la niña, a lo que el otro contestaba ¡Cállate, zorra!

El diálogo continuaba:

¡Ja, ja! Qué gracioso eres.

Ya.

Oye, mi amiga Queen dice que a ella ya la violan. ¡Yo también quiero!

¡Aún no tienes la edad suficiente, niña!

¿Y cuánto falta, “papichulo”?

Te faltan todavía dos meses para cumplir los seis años. No desesperes.

Me hace mucha ilusión.

Y a mí, y a mí.

Era un anuncio de compresas infantiles. El siguiente parecía de chupetes con nicotina, pero Richie dejó de prestar atención. Los había visualizado al menos un millar de veces y se los sabía de memoria. Extrajo un paquete de tabaco del bolsillo y se encendió un cigarrillo. El sabor, como siempre, le repugnó, pero continuó fumando. Después de toda una vida siendo fiel a estos entrañables cilindros –que protagonizaban una serie de éxito que llevaba en antena más de quince años- no iba a dejarlos ahora en la estacada. Topónimo, que también se estaba aburriendo como una ostra, le propuso abandonar el aula. Los demás continuaron mirando la pantalla embobados.

Lo primero que hicieron Richie y Topónimo, en cuanto estuvieron en la calle, fue encularse mutuamente, primero Richie a Topónimo y después Topónimo a Richie. Como no quedaron del todo satisfechos, cruzaron la calle y entraron en el prostíbulo, donde descargaron dentro de un par de mancebas y saludaron a su profesor.

Con la satisfacción del deber cumplido enfilaron sus respectivos caminos a casa. A Topónimo le esperaba una larga noche de gerontofilia, para la cual necesita-

ba echarse antes una buena siesta. Richie, en cambio, había sido previsor y tenía todos los deberes terminados. Se despidieron en el mismo cruce en el que se separaban todos los días. Richie, hay que decirlo, no se sentía del todo a gusto con su vida. A veces se sentía sucio. Llevaba años guardando un secreto que lo atormentaba. Sólo Topónimo lo conocía, y ni siquiera él lo veía con buenos ojos. Se trataba de algo absolutamente aberrante. Pensó que había llegado el momento de confesarse. Se dirigió a la iglesia y se metió en el confesionario, donde el abad Rape lo esperaba repanchingado.

– Ave María “Purísima”.

– En pecado concebida... Cuéntame, hijo mío, qué culpas te atormentan.

– Pues... alguna vez he abusado...

– ¡Válgame Dios! ¿De quién?

– De los adjetivos...

– ¡Pero eso es mucho peor de lo que había imaginado! ¡Dios mío, vela por nosotros! ¿No podías abusar de niños, como todo el mundo?

Bajo un celestial estado de excitación no sexual, el abad bendijo a Richie con un beatífico palazo en la cabeza que, no matándolo, lo dejó en coma.

Al día siguiente, Amapola berreaba:

– ¡Despierta ya del coma, que llegas tarde a clase!



Yoyo y yo

Yoyo y yo nos llevamos muy bien. Yoyo es mi león. Paseamos a diario por el parque, resolvemos crucigramas sentados al calor de la chimenea, e incluso salimos a cenar por ahí cuando el dinero nos lo permite (y cuando nos lo permite el maitre de turno).

Yoyo es muy pacífico, pero sólo conmigo, así que tuvimos que alcanzar un acuerdo en beneficio de las potenciales víctimas. Él me ha prometido, qué digo, él me ha jurado que no atacará a nadie (ni siquiera al cartero, que mira que le tiene ganas) siempre y cuando yo le permita arrancarme un pedacito de mi cuerpo cada día. Aunque me quiere mucho, soy la única persona que le puede proporcionar los aminoácidos que necesita. A mí me parece un pacto bastante justo.

Nuestra convivencia se ha prolongado ya más de dos años. Si la cosa ha durado tanto es porque Yoyo se ha reprimido sobremanera, encontrándose a estas alturas famélico, en tanto que yo no soy ahora mismo más que una mano y un ojo.



Remedios búlgaros para la psicopatía

Abres un ojo. Abres otro. Y otro. Estiras los músculos de brazos y piernas, te destapas. Retrasas el momento de incorporarte. Miras el despertador. Te vuelves a tapar. Aún puedes rascar diez minutos, quince incluso, siempre y cuando prescindas del desayuno. La ducha es sagrada. Suele serlo. Te fijas en el techo, en sus grietas, en sus formas. Los veinticinco minutos pasan. Tus movimientos incrementan la velocidad súbitamente. Tienes prisa. No lo entiendes. Habías calculado con precisión milimétrica el tiempo que podías seguir acostado. Entrás en el baño y te enjabonas, te vistes precipitadamente. Sales a la calle y te subes en el bus. Encuentras un asiento libre al fondo, y lo ocupas.

La gente te mira. Para disimular, te quitas el champú que tienes en el pelo. La gente deja de mirarte. Te apeas en una calle cualquiera. Aunque no es una cualquiera. Debe ser céntrica. Y debe hacerse respetar. Quieres estar rodeado de personas. Lo necesitas. No importa que los odies. Ahora te hacen falta. Los miras de refilón, con expresión adusta. Te compras un bocadillo, lo mordisqueas, pero sigues sin apartar la vista de

los transeúntes. No puedes permitirte un solo despiste. Cuando terminas de comer, o más bien de alimentarte, prosigues con la marcha. No te has fijado destino ni objetivo concreto. Simplemente caminas, vagabundeas. Te interesas, de vez en cuando, por algún que otro escaparate llamativo, pero la curiosidad se desvanece prontamente. No existe nada lo suficientemente atractivo para ti. Aun así, la última opción es volver a tu casa. Antes que eso, cualquier cosa. Antes te pararías en una esquina durante horas, viendo el tiempo pasar. Antes te dejarías raptar por un grupo mafioso. Antes te tirarías a las vías. En definitiva, continúas en la calle. Comienzas a sentirte incómodo, nervioso. Esa sensación va aumentando dentro de ti, rápido, muy rápidamente. Aprietas los dientes, las nalgas. Deseas gritar o pegar a alguien, pero no procede. Compras alguna baratija que pueda entretenerte, aunque después no lo hace. Te alivia romperla, hacerla trizas. Querrías hacer lo mismo con algo animado, vivo. Tu cuerpo responde a una idea no formulada. Te arrastra con decisión los primeros metros, hasta que tu mente se le pone a la par. Te acercas a la tienda de ultramarinos búlgara de turno y compras un bebé. Lo estampas con furia contra el suelo. Te cagas del gusto. Un barrendero pasa por tu lado y recoge los restos. Muchos te miran, y comprenden. Algunos también deciden entrar en la tienda. Tú te vuelves a tu casa, ya más relajado. Te metes en la cama y te duermes al instante, exhausto, aún con la mierda bajo tu ropa, endureciéndose y adoptando la forma de tu trasero.

Alexander Drexler (1992-2021 probablemente) nació en Köln, Alemania, en el seno de una familia anormal y poco corriente. Cuando tenía seis años se trasladó a España junto a su madre y su hermana, con el único bagaje de una mochila cargada de improperios que, debido a su germánica sonoridad, le fueron de gran ayuda en sus años mozos.

No está licenciado ni graduado en carrera universitaria alguna, pero sus casi treinta años saltando de un centro educativo a otro le han otorgado el título más codiciado de la actualidad: el de Eterno Estudiante (*Étudiant Éternel*).

Remedios búlgaros para la psicopatía es su primer libro, pero no el último, pues aún cuenta con cierto tiempo de vida para publicar algo más (probablemente).

"Las historias contenidas en Remedios búlgaros para la psicopatía me habían impactado, y las vivencias de los personajes que las protagonizaban me recordaron tanto a mis propias experiencias, hace tiempo sepultadas en el olvido, que no pude por menos de emocionarme. Popó y su primo Yupanqui, habitantes de la selva a-masónica; Grumo y su dura vida medieval; la esclava esclava Esclava y su hijito negro; Richie y Topónimo, ciudadanos de pleno derecho de una sociedad abusadora..."

Del Prólogo de Enrique VIII de Inglaterra

"Sorprende lo reacios que son estos cuentos a la interpretación. Se agotan en el choque y parecen desamparados. Es como si no quisieran ni pudieran ser juzgados en ningún plano"

The New York Rhymes

"Deforme, grotesco, rozando lo surrealista, pero con un alto grado de cotidianidad"

Le Mondieu

"Sublime traducción de una escritura desafiante a un lenguaje visual, y viceversa"

Bŭlgarska Psikhopatiya Today